



Capítulo 246 - Buscar y destruir

Vergil permaneció inmóvil, con sus ojos azules fijos en los verdes de la mujer. El aire a su alrededor parecía vibrar, cargado de tensión, como si en cualquier momento algo fuera a estallar. Pero... no ocurrió nada. Solo silencio, tan denso como la oscuridad que los rodeaba.

Alexa exhaló con fuerza y se hundió en la silla; el peso de lo que sentía casi le aplastaba el cuerpo. Con manos temblorosas, volvió a tomar el vaso de whisky, se sirvió un trago y luego le sirvió otro a él.

—Entonces al menos bebe conmigo... —Su voz salió baja, ronca, casi derrotada. Volteó el vaso; el alcohol le quemaba la garganta, pero no fue suficiente para disipar el odio que sentía—. Sé que no harás lo que te pedí.

Vergil cogió el vaso sin decir palabra y bebió el líquido de un trago. El silencio se prolongó durante lo que pareció una eternidad. Entonces, por fin, habló.

"Curea."

La palabra sonó como una orden absoluta, cargada de un poder ancestral. No sonaba solo como una orden: era una sentencia. El aire a su alrededor se volvió denso, cargado de una energía que olía a azufre y muerte.

De repente, una oscuridad líquida comenzó a emanar de la palma de Vergil. Una masa negra y viscosa, palpitando como si tuviera vida propia. El simbiote se arrastraba por el aire, moviéndose con un propósito macabro, extendiéndose hacia Alexa como dedos esqueléticos en busca de carne.





Quedó paralizada en cuanto tocó su piel. Un frío recorrió su cuerpo como un río de hielo, y dejó de respirar. El simbiote se fusionó con su carne, hundiéndose en su órbita vacía, y entonces... comenzó el dolor.

No fue un proceso delicado. Fue como si mil agujas le estuvieran cosiendo un ojo nuevo, fibra a fibra, vena a vena. Sintió que la sangre le hervía, fluyendo hacia atrás como un río que corre en reversa, regresando a su cuerpo desde el suelo sucio y empapado.

Alexa jadeó, llevándose la mano a la cara, sintiendo la piel sanando, los huesos reformándose, la carne regenerándose como si nada hubiera pasado.

Vergil se miró las manos, entrecerrando los ojos. «Mi manipulación de sangre es débil...», murmuró, casi para sí mismo, como decepcionado de su propio poder.

Alexa apenas podía procesar lo que estaba sucediendo. "¿Qué hiciste...?" Su voz se apagó cuando Vergil se levantó.



Miró a su alrededor los cuerpos destrozados de la manada.

"Su descanso no será así."

Levantó una mano, y el mundo pareció contener la respiración. La sangre esparcida por el suelo empezó a fluir, serpenteando como ríos oscuros hacia los cuerpos mutilados. El olor a hierro flotaba en el aire.

Los charcos de sangre volvieron a sus dueños, penetrando sus heridas, cosiendo músculos, pegando huesos, reformando rostros que habían quedado reducidos a carne irreconocible.



Los muertos comenzaron a transformarse. Sus cuerpos, previamente destruidos, volvieron a la normalidad, reconstruyéndose como si la muerte nunca los hubiera tocado.

Alexa observó, paralizada, cómo lo imposible ocurría ante sus ojos recién reformados. El salón, antaño una masacre fría y cruel, se había convertido en algo aún más terrible.

«Qué extraño...», pensó Vergil, observando su propia mano, dándole vueltas lentamente como si intentara comprender algo invisible sobre sí mismo. El poder había emanado de él como un instinto, una voluntad que se formó sin esfuerzo, pero... algo andaba mal. No sabía exactamente cómo lo había hecho.

Los cuerpos, una vez desfigurados, ahora yacían intactos en el suelo, como si nunca hubieran sido tocados por la carnicería. El olor a sangre aún impregnaba el aire, pero la imagen de la masacre se había borrado.

"Ashborne..." Murmuró, y el nombre se le escapó de los labios como el eco de algo enterrado en su mente. Algo que debía recordar, pero que permanecía fuera de su alcance.

Virgilio levantó la mano lentamente y los cuerpos respondieron.

Uno a uno, los cadáveres se alzaron del suelo, levitando sin vida, suspendidos por una fuerza invisible. Sus extremidades flotaban en el aire como marionetas sin hilos, sus ojos vacíos reflejando la tenue luz del entorno.

Flotaban en silencio, sus cuerpos flotando en el aire como espectros atrapados entre la vida y la muerte. El entorno circundante parecía contener la respiración, sumido en un silencio sofocante, como si el mundo mismo temiera perturbar ese momento profano.





Vergil permaneció inmóvil un instante, analizando con su fría mirada las figuras suspendidas ante él. Entonces, sin apartar la mirada, su voz cortó el silencio como una cuchilla afilada:

¿A dónde quieres que los lleve?

Alexa no respondió de inmediato. Sus manos temblaban ligeramente al alcanzar el parche, desabrochándolo con una lentitud casi ceremonial. Cuando finalmente se lo quitó, sus ojos, ahora regenerados, reflejaron la luz con un brillo intenso y oscuro.

Parpadeó un par de veces, sintiendo la libertad de esa mirada restaurada. Por primera vez desde la masacre, no había oscuridad en su visión; solo la imagen de los muertos, inmóviles en el aire, esperando un destino que solo ella podía decidir.

Alexa respiró profundamente antes de responder; su voz tenía un peso tranquilo.

"Hay un bosque a unos kilómetros de aquí... un lugar donde realmente pueden descansar."

Vergil simplemente asintió, sin necesidad de más explicaciones. Con un sutil movimiento de la mano, los cuerpos levitaron en su órbita silenciosa mientras seguía a Alexa fuera del club de motociclistas. El olor a sangre y pólvora aún impregnaba el aire, pero afuera, la noche era fría y silenciosa, como si el mundo mismo observara expectante.

Tan pronto como salieron, se encontraron con Katharina y Ada, que estaban de pie en la entrada, con la mirada llena de preguntas que nunca se habían hecho.





Vergil los miró fijamente por un momento antes de darles una leve sonrisa, un gesto casi imperceptible, pero real.

"Vete a casa. Vuelvo pronto." Sin esperar respuesta, siguió adelante, con los cuerpos flotando tras él...

Mientras caminaban por el camino desierto, el único sonido era el viento cortando los árboles y el susurro de las hojas secas bajo sus pies. Los cuerpos aún flotaban en un silencio espectral tras ellos, como sombras sin dueño. La noche parecía más densa, arrastrada por algo invisible e inquietante.

Alexa, ya sin el parche, miró a Vergil con los ojos entrecerrados. Su rostro permanecía inexpresivo, pero había algo diferente en él. Algo que trascendía su frialdad habitual.

"¿Por qué estás así?" Ella rompió el silencio, con voz baja pero firme.

Vergil no respondió de inmediato. Siguió caminando, con la mirada perdida al frente, como si estuviera en otro lugar. Como si estuviera atrapado en pensamientos que ni siquiera él entendía.

Finalmente, después de unos segundos que parecieron eternos, exhaló lentamente.

—No lo sé. —Su voz era más baja de lo habitual, casi un susurro, pero cargada de una verdad incómoda—. No me gusta que toquen lo mío —dijo de repente, en voz baja, pero con un peso inconfundible—. Aunque sea un amigo.

Alexa se detuvo un segundo, sorprendida por sus palabras. Lo observó con una mirada penetrante, intentando descifrar lo que realmente quería decir. Su





tono no era de posesión ni de protección exagerada. Era algo más profundo, casi primitivo.

—Vergil... —comenzó ella, pero él no la miró.

"No me gusta que me quiten algo", continuó, casi como si hablara consigo mismo. "Y menos aún cuando intentan quitarme algo que ni siquiera sabía que valoraba".

Alexa sintió un escalofrío que le recorrió la espalda. No era una confesión directa, pero era lo más cercano que Vergil podía llegar a una. Apartó la mirada un momento, sin saber exactamente cómo responder.

Al acercarse el anochecer, el cielo empezó a teñirse de un azul intenso, con largas y densas sombras que se extendían por el bosque. La luna empezó a aparecer, pálida y distante, como una espectadora silenciosa. El aire era más frío ahora, impregnado del olor a tierra húmeda y del eco de los animales nocturnos que empezaban a moverse en las sombras.



Vergil y Alexa llegaron al claro, donde los árboles formaban un círculo cerrado, y la oscuridad parecía profundizarse allí, engulléndolo todo a su alrededor. Los cuerpos flotaban tras ellos, pesados y silenciosos, como espectros dispuestos a despedirse de una existencia violenta.

Vergil no dijo ni una palabra. Levantó las manos lentamente, estirando los dedos con precisión. La energía a su alrededor pareció concentrarse, una fuerza invisible que reverberaba en la tierra bajo sus pies. En un gesto casi imperceptible, usó su telequinesis, tirando de la tierra con un poder oscuro.

El suelo empezó a moverse, a levantarse, como si algo se abriera paso, y luego, lentamente, los hoyos comenzaron a abrirse. El sonido de la tierra al ser aplastada y desplazada era profundo, como si el bosque mismo fuera

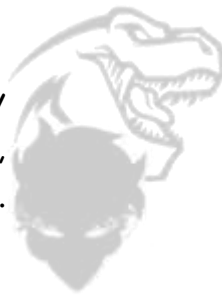


arrastrado hacia un abismo. Los hoyos eran profundos, de perfecta simetría, como hechos por manos invisibles e implacables.

Las hizo lo suficientemente anchas para acomodar sus cuerpos, pero no más de lo necesario. Cada movimiento era preciso, sin vacilación, como si lo hubiera hecho miles de veces. Cuando cavó la última tumba, retrocedió, mientras los cuerpos flotaban a su alrededor como marionetas sin hilos.

Con otro gesto de la mano, hizo que las piedras y los peñascos esparcidos por el bosque se movieran, grandes y pesados, surgiendo del suelo y cayendo en los pozos con un ruido sordo. Se depositaron en capas, cubriendo los cuerpos de forma rudimentaria pero efectiva. El sonido de las piedras se mezcló con el murmullo de la brisa, creando una sinfonía de despedida, sombría e irreversible.

Al terminar, miró las tumbas, los cuerpos ahora enterrados bajo tierra y piedras. El trabajo estaba hecho. Pero algo en sus ojos, una sombra lejana, indicaba que el dolor y la ira que cargaba aún estaban lejos de ser enterrados.



La luna ya estaba alta en el cielo cuando Vergil puso su mano sobre el hombro de Alexa, su toque firme pero sorprendentemente ligero.

"Tome su tiempo."

Su voz sonó baja, casi un susurro entre el susurro de las hojas. Sin esperar respuesta, desapareció, disolviéndose en el aire como una sombra fugaz.

Reapareció en la cima de una colina cercana, desde donde tenía una vista clara del claro. Alexa estaba arrodillada frente a las tumbas improvisadas, con la mirada fija en la escena silenciosa, absorbiendo la realidad del momento. La única testigo viva de una masacre que ahora yacía bajo la fría tierra.



Virgilio miró hacia otro lado.

¿Puedes hacerme un favor?

Su voz atravesó el silencio de la noche, pero no le hablaba a Alexa. Le hablaba a algo, o a alguien, que aún no se había manifestado.

Una risa suave y burlona le rozó los oídos como un aliento cálido. "Me lo pregunto... ¿cuándo te diste cuenta?"

Antes de que pudiera reaccionar, sintió un cuerpo presionando su espalda, unos brazos delgados deslizándose alrededor de su cintura como serpientes hambrientas. El aroma que la acompañaba era dulce, pero cargado de algo primitivo, salvaje: un aroma a destrucción y deseo.

"Mmm..." La voz de Paimon era casi un ronroneo mientras hundía la cara en él, inhalando profundamente. "Aroma a rabia... a sangre... tan embriagador."



Virgilio no se movió. Su mirada permaneció fija en el horizonte, impasible.

"Que yo sepa, no tengo ningún cargo que desempeñar como Rey Demonio", dijo con voz fría, pero con una velada insinuación. "Al principio, era solo para equilibrar el poder".

Paimon rió contra su piel, su cálido aliento recorriendo el contorno de su cuello. Ella lo abrazó con más fuerza, frotándole las uñas suavemente en el pecho. "Sí, es cierto. Eres un Rey Demonio solo de nombre."

Vergil ignoró su juego. Su tono permaneció inalterado, firme como una espada recién forjada. «Dame autoridad real», declaró. «Quiero crear una división



JabraScan
RexScan



Traducción : Leo

especial de demonios para... buscar y destruir a todos aquellos que representan un riesgo para quienes me importan».

—Por supuesto, Lucifer —susurró Paimon.

